

# la actitud profética ante el imperialismo

La existencia de grandes potencias militares o económicas que dominan el mundo e imponen su ley de forma indiscutible es algo que muchos aceptan casi con naturalidad. Otros se indignan con sus arbitrariedades y sus ingerencias en la actividad política o económica de los países más pequeños. Pero raras veces se reflexiona teológicamente sobre el tema. Sin embargo, dentro de la Biblia, el problema del imperialismo es uno de los más candentes y continuos. Asiria, Egipto, Babilonia, Persia, Grecia, Siria, Roma, dominaron sucesivamente el pueblo judío desde el siglo VIII a. C. hasta que dejó de existir como nación. Este fenómeno del imperialismo no podía pasar desapercibido para los profetas. Todos ellos escucharon «las botas que pisan con estrépito» y contemplaron «los mantos manchados de sangre». (Is. 9,4). Fueron testigos de esas invasiones militares que Joel comparaba con plagas de langosta:

«... como crepúsculo que se extiende por los montes  
es el ejército denso y numeroso (...)  
En vanguardia el fuego devora,  
las llamas abrasan en retaguardia;  
delante la tierra es un vergel,  
detrás es una estepa desolada (...)  
Asaltan la ciudad, escalan las murallas,  
suben a las casas, penetran como ladrones por las ventanas.  
Ante ellos la tierra tiembla y se conmueve el cielo,  
sol y luna se oscurecen» (Joel 2,2-10)

Estas palabras nos ayudan a comprender que el problema del imperialismo no es para los profetas una cuestión teórica, sino un drama que plantea serios interrogantes. Porque, ¿cómo conciliar el amor de Dios y su justicia con la desolación, la opresión y la muerte que provocan las potencias invasoras?

La abundancia del material nos obliga a tratar el tema en dos artículos. Podríamos habernos limitado a la actitud de los profetas ante el imperio asirio. Pero es preferible conocer lo que pensaron todos ellos, incluso en épocas muy posteriores. Sólo de esta forma captaremos el mensaje profético con todos sus matices, y podremos sacar unas conclusiones con ciertas garantías de objetividad. En este primer artículo estudiaremos la época de dominio asirio, dejando para el siguiente la postura de los profetas ante Babilonia, Persia y Grecia.

## **1. EL SIGLO DE OPRESION ASIRIA (734-632 a. C.)**

Cuando Israel se constituyó como pueblo, hacia los siglos XIII-XII a. C. el problema del imperialismo no existe en el Antiguo Oriente. Precisamente la debilidad de las grandes potencias (Egipto y Mesopotamia) permitirá a David durante el siglo X ampliar notablemente sus dominios, invadiendo Amón, Moab, Edom y Siria. Su política debemos calificarla, al menos, de mini-expansionista; y su aptitud con los vencidos rayó en la crueldad (1 Re 11, 15-18). Pero nadie, ni siquiera Natán, lo criticó por ello. Los judíos, que han demostrado siempre una sensibilidad finísima para las injusticias que padecen, la pierden cuando se trata de las injusticias que cometen.

El imperialismo a gran escala amenaza el horizonte a mediados del siglo IX a. C., cuando Salmanasar III sube al trono de Asiria. Su política expansionista no tuvo éxito; los reyes de Damasco, Jamat, e Israel consiguieron frenar sus ímpetus en la batalla de Qarqar (año 853) y alejar momentáneamente el peligro. Pero un siglo más tarde, cuando Tiglatpileser III ocupa el trono de Asiria (745), ya no hay solución. Este gran organizador y hábil militar revoluciona la técnica de la guerra: en los carros de combate sustituye las ruedas de seis radios por otras de ocho, más resistentes; emplea caballos de repuesto, que permiten mayor rapidez y facilidad de movimientos; provee a los jinetes de coraza y a la infantería de botas. En pocos años, el imperio extiende sus dominios desde el golfo pérsico hasta el Mediterráneo.

Tiglatpileser III y sus sucesores adoptan con los demás países una política que conviene conocer <sup>1</sup>: a) el primer paso consiste en una demostración de fuerza, que lleva a esos estados a una situación de vasallaje, con pago anual de tributo; b) si más tarde tiene lugar, o se sospecha, una conspiración contra Asiria, las tropas imperiales intervienen rápidamente, destituyen al monarca y colocan en su puesto a un príncipe adicto; al mismo tiempo que aumentan los impuestos, la política exterior es controlada con más severidad y gran parte del territorio pasa a convertirse en provincia asiria; c) al menor signo de nueva conspiración intervienen de nuevo las tropas, todo el país queda anexionado al Imperio y se deporta a gran número de habitantes, a fin de destruir la cohesión nacional e impedir nuevas revueltas.

---

(1) Cf. H. DONNER, *Israel unter den Völkern*, VTSuppl XI, Leiden 1964, pág. 2 s.

Tanto Israel como Judá serán víctimas de la política imperialista asiria. El primero debió padecer paso por paso la conducta descrita anteriormente; a) pago del tributo en tiempos de Menajén (2 Re 15, 19-20); b) pérdida de territorios con Pécaj (2 Re 15,29); c) pérdida de la independencia y deportación, durante el reinado de Oseas (2 Re 17,4-6). Todo esto en el espacio de unos veinte años (743-720)<sup>2</sup>.

Judá salió aparentemente mejor librada. En un primer momento, el rey Acáz intentó congraciarse a Tiglatpileser III, buscando su apoyo contra pueblos enemigos<sup>3</sup>. Obtiene el favor, pero a un precio muy alto (2 Re 16,8). Además, a partir de entonces queda sometido a Asiria en el primer grado de vasallaje, debiendo pagar tributo anual. Su hijo Ezequías se rebelará contra Asiria el año 705, aprovechando la muerte de Sargón II. Pero su audacia la costará muy cara. El nuevo emperador, Senaquerib, invade el territorio judío, conquista cuarenta y seis fortalezas, asedia Jerusalén y se lleva un enorme botín (2 Re 18,13- 16). A partir de entonces, el dominio asirio se acepta como algo inevitable. El largo reinado de Manasés (698-643) se halla bajo este signo<sup>4</sup>. Y mientras, los asirios siguen su política expansionista; las tropas de Asurbanipal llegan a la primera catarata del Nilo, consiguiendo lo inimaginable: someter a Egipto. Pero el punto culminante señala también el comienzo de la decadencia. Asiria es incapaz de gobernar tan vasto imperio. Y aunque los países occidentales sólo son capaces de incubar un odio creciente o de tímidos intentos de independencia, en Babilonia y Media va fraguando el derrocamiento de la gran potencia. Efectivamente, el año 612 cae Nínive capital del imperio, y el 610 Jarán, su último baluarte. En definitiva, el dominio asirio sobre Judá duró un siglo aproximadamente: desde el año 734, fecha en que Acáz solicita la ayuda asiria, hasta el 632, cuando Josías comienza su reforma<sup>5</sup>. ¿Qué actitud adoptaron los profetas?

## 2. LA ACTITUD CAMBIANTE DE ISAIAS

El primero que debió tomar postura fue Isaías, contemporáneo de Tiglatpileser III, Salmanasar V, Sargón II y Senaquerib. Para comprender sus afirmaciones debemos conocer más de cerca los acontecimientos del año 734 a. C. Es entonces cuando Damasco y Samaría declaran la guerra a Judá. Para Isaías el peligro no es grave. Resín de Damasco y Pécaj de Samaría no son más que «dos cabos de tizones humeantes» (Is 7,4). El proyecto que se han hecho de conquistar Jerusalén y deponer al rey dauidá «no se cumplirá ni sucederá» (Is 7,7).

(2) La fecha del tributo de Menajén es muy discutida. Muchos autores aceptan la del año 743, cuando Tiglatpileser III comienza el asedio de Arpad. Otros se inclinan por el 738.

(3) 2 Re 16, 7-9 relaciona la petición de ayuda con la guerra siro-efraimita, de la que hablaremos más adelante. 2 Cro. 28,16-21 la relaciona con la agresión de idumeos y filisteos, ofreciendo por lo demás un desenlace totalmente opuesto al del relato de 2 Reyes. La primera versión parece más histórica.

(4) Según 2 Cro. 33,11, Manasés se rebeló contra Asiria en un momento determinado de su vida. Es difícil juzgar la historicidad de este dato, que no aparece en 2 Re 21,1-18. En cualquier caso, la tónica de su reinado debió ser el sometimiento a Asiria, que entonces se hallaba en su apogeo. La represión de la que habla 2 Re 21,16 estuvo dirigida probablemente contra los partidarios de rebelarse contra Asiria.

(5) Cf. 2 Cro 34,3. En este caso hay que darle la razón al autor de Crónicas frente al relato de 2 Re 22,3, que sitúa toda la reforma en el año 622.

Sin embargo, la postura del rey Acaz es distinta. Al recibir la noticia del ataque enemigo «se agitó su corazón y el del pueblo como se agitan los árboles del bosque con el viento» (Is 7,2). Acaz no es hombre de fe. El signo que le ofrece el profeta no tiene para él ninguna garantía (Is 7,10-17). Por eso, ante la amenaza de los dos reyes extranjeros decide pedir ayuda a Tiglatpileser. Para Isaías esto supone un grave pecado de desconfianza, que no puede quedar sin castigo. Mantiene la promesa de que Damasco y Samaría serán derrotados, pero también Judá sufrirá las consecuencias de su acción. La «navaja alquilada al otro lado del Eufrates» (Asiria) no afeitará sólo a los adversarios sino también a los Judíos (Is. 7,20). Y las tropas imperiales no irrumpirán en Judá como simples protectores; al contrario, como las aguas del Eufrates, «torrenciales e impetuosas, remontan las orillas, desbordan las riberas, invaden Judá, rebosan, crecen y alcanzan hasta el cuello» (Is 8,5-8a)<sup>6</sup>.

Esta misma concepción punitiva del imperio aparece en otro texto (Is 5, 25-29), que describen con asombro la excelente preparación de su ejército. Estos versos, a pesar de su situación actual, debemos leerlos como conclusión de 9,7-20. El pasaje describe una serie de pecados históricos del Reino Norte (Israel); el Señor, mediante castigos sucesivos, ha intentado provocar la conversión. Pero todo resulta inútil: «el pueblo no se ha vuelto al que lo hería, no se interesa por el Señor de los ejércitos» (9,12). Y entonces, como última solución, Dios envía el mayor castigo-imaginable: las tropas asirias.

Todos estos oráculos, pronunciados el año 734 o poco antes<sup>7</sup>, son muy interesantes para comprender la postura inicial de Isaías ante el problema del imperialismo. Para entonces, Tiglatpileser III llevaba ya diez de años de campañas militares contra Urartu, Arpad, Ullabu, Kulani, Media<sup>8</sup>. Numerosos países y ciudades le pagan tributo<sup>9</sup>. Sin embargo, este hecho no parece preocupar a Isaías. Su perspectiva es muy restringida, se limita al destino de su pueblo. En segundo lugar, el imperio desempeña para Isaías una función meramente punitiva, provocada por los pecados de Israel y Judá. Como tercer dato de interés, Isaías cree en un dominio absoluto de Dios sobre el imperio asirio; en 5,26 lo expresa de forma rotunda: «Izará una enseña para un pueblo remoto, le silbará hacia el confín de la tierra: miradlo llegar veloz y ligero». Como perro que acude al silbido de su amo, Asiria acude al de Dios.

Años más tarde, cuando Samaría se rebelde en el 725, el profeta anuncia el castigo de su locura mediante la intervención de un héroe poderoso que, «de parte del Señor... con la mano derriba al suelo y con los pies pisotea la corona fastuosa de los ebrios de Efraim» (28,1-4). La imagen se refiere sin duda al emperador asirio. Y de

(6) Is 8,5-8 ha sufrido algunos retoques, consistentes en glosas explicativas y, sobre todo, en un breve oráculo final de salvación (8b).

(7) Is 9,7-20; 5,25-29 lo consideran algunos autores anterior a la guerra siro-efraimita, basándose sobre todo en que denomina a Asiria «pueblo lejano». Cf. H. WILDBERGER, *Jesaja. Kapitel 1-12*, en BK X1, 211s.

(8) Cf. las listas epónimas en E.R. THIELE *The Mysterious Numbers of the Hebrew Kings*, Chicago 1951, pág. 287ss.

(9) Los textos pueden verse en M. GARCIA CORDERO, *Biblia y legado del antiguo Oriente*, Bac 390, Madrid 1977 pág. 506 ss.

nuevo encontramos la idea de que esta potencia es un instrumento en manos de Dios para castigar a su pueblo.

Así lo indica también unas palabras posteriores, con las que Isaías sintetiza su postura inicial:

«Ay, Asiria, vara de mi ira, bastón de mi furor!  
Contra una nación impía lo envié,  
lo mandé contra el pueblo de mi cólera,  
para entrarlo a saco y despojarlo,  
para hollarlo como barro de las calles» (Is 10,5-6)

Asiria es una «vara» o un «bastón». Un «hacha» o una «sierra», dirá más adelante (Is 10, 15). Un simple instrumento en manos del Señor, que él maneja como quiere, y del que al parecer se encuentra satisfecho<sup>10</sup>. Los años y la experiencia harán cambiar al profeta. Anuncia entonces, hacia el 701, en nombre de Dios: «Quebrantaré a Asiria en mi país, la pisotearé en mis montañas» (Is 14,25). «Dentro de muy poco mi ira los consumirá, mi furor los aniquilará» (10,25). El tema alcanza su pleno desarrollo en 30,27-33:

«A la voz del Señor se acobardará Asiria,  
golpeada por la vara; cada golpe de la vara de castigo  
que el Señor descargue sobre ella  
se dará entre panderos y cítaras y danzas» (v. 31s.).

¿A qué se debe este cambio radical? Muchos comentaristas lo atribuyen a la embajada enviada por Senaquerib desde Lakis<sup>11</sup>, exigiendo la rendición de Jerusalén en el año 701. El embajador, en su discurso, después de desmontar las confianzas humanas de Judá, basadas en las meras palabras, la estrategia militar y la ayuda de Egipto (Is 36,4-6), ataca el último baluarte de los judíos: Yahvé. «Que no os engañe Ezequías diciendo: 'El Señor nos libraré'. ¿Acaso los dioses de las naciones libraron a sus países de la mano del rey de Asiria?» (36,18; cf. 36,19 y 37,10-12). Esta blasfemia es la que, según muchos comentaristas, justifica el cambio radical de Isaías. Creo que la interpretación es válida sólo en parte; olvida otros aspectos importantísimos.

El texto en el que Isaías ha descrito mejor su cambio de postura y las causas del mismo es 10,5-15. Comienza con las palabras citadas anteriormente, en la que Asiria aparece como un instrumento en manos de Dios, con la misión de castigar

(10) Isaías defiende en otros pasajes el sometimiento a Asiria (cf. 14,28-32; 20, 1-6, etc.), aunque nunca expone con absoluta claridad el plan de Dios en este punto.

(11) De esta embajada existen dos versiones, que corren paralelas en los capítulos 36-39. Versión A: mensaje de Senaquerib (36,1-22), reacción del rey Ezequías (37,1-2), intervención de Isaías (37,3-7), desenlace (37,8-9a; 37-38). Versión B: mensaje de Senaquerib (37,9b-13), reacción de Ezequías (37,14-20), intervención de Isaías (37,21-25), desenlace (37,36). Véase un buen análisis de estos capítulos en B.S. CHILDS, *Isaiah and the Assyrian Crisis*, 69-103.

a su pueblo. Suprimiendo glosas y añadidos posteriores, acusa al emperador asirio a partir de sus propias palabras:

- 7 «Pero él no pensaba así, no eran éstos los planes de su corazón; su propósito era aniquilar, exterminar naciones numerosas.
- 8 Decía: ¿No son mis ministros reyes?
- 9 ¿No fue Calno como Cárquemis? ¿No fue Jamat como Arpad?  
¿No fue Samaría como Damasco?
- 11 Lo que hice con Samaría y sus imágenes,  
¿no lo voy a hacer con Jerusalén y sus ídolos?
- 13 Con la fuerza de mi mano lo he hecho,  
con mi saber, porque soy inteligente.  
Cambié las fronteras de las naciones,  
saquéé sus tesoros y derribé como un héroe a sus jefes.
- 14 Mi mano cogió, como un nido, las riquezas de los pueblos;  
como quien recoge huevos abandonados, cogí toda su tierra,  
y no hubo quien batiese las alas, quien abriese el pico para piar.

La blasfemia que encontrábamos en el discurso del embajador resuena de nuevo en el verso 11. Pero este oráculo no se limita al destino del pueblo de Dios. Los versos 7, 13 y 14 desbordan las fronteras de Judá e Israel para contemplar las naciones vecinas. Y el profeta constata una diferencia radical entre el plan de Dios («castigar a una nación impía»: 10,6) y el plan del emperador («aniquilar, exterminar naciones numerosas»: 10,7). Es una diferencia a nivel intensivo (castigar-exterminar) y extensivo (una nación-naciones numerosas). Esta crueldad, esta voluntad de dominio universal, junto con su arrogancia y su blasfemia, es lo que atrae sobre el emperador asirio la cólera de Dios.

¿Significa esto que un impero moderado, «comprensivo», es compatible con los planes de Dios? Posiblemente Isaías lo habría afirmado, en caso de que el Señor quisiera castigar a su pueblo. Pero sólo con este presupuesto, y sólo de forma transitoria. Porque el imperialismo no constituye un ideal. Por eso, cuando la historia llegue a su plenitud, desaparecerán las diferencias entre los pueblos y la posibilidad de que se opriman mutuamente: «De las espadas forjarán arados, de las lanzas podaderas; no alzárá la espada pueblo-contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra» (Is 2,4). Estas palabras, aparentemente tan poéticas y optimistas, constituyen la crítica más radical de toda forma de imperialismo, porque lo desvela como una realidad contraria a los planes futuros de Dios.

Este texto (2,2-5) acostumbra fecharse a partir de Duhm en los últimos años del profeta, después de la catástrofe del 701. Constituiría, pues, el punto final de su evolución<sup>12</sup>. De una aceptación inicial del imperio como instrumento de castigo, Isaías pasa

(12) Sin embargo, conviene recordar que la autenticidad del texto es muy discutida. Ya que se encuentra también en el libro de Miqueas (4, 1-3), unos piensan que el verdadero autor es éste profeta; otros lo atribuyen a un autor desconocido, anterior o posterior a Isaías y Miqueas.

a la crítica para terminar en la condena absoluta. Esto nos muestra que la revelación profética no es atemporal, con verdades obtenidas de una vez para siempre. Es una manifestación progresiva de la voluntad de Dios, en la que el hombre colabora dejándose interpelar por las circunstancias, abierto siempre a la posibilidad de cambio.

### 3. EL ODIOS DE NAHUM

Isaías terminó rechazando a Asiria. Pero Asiria siguió dominando a Judá. Durante muchos años, en tiempos de Manasés, nadie se atrevió a manifestarse contra los dominadores. Pero el odio fue creciendo, al menos en amplios sectores de la población. Así se explican las intervenciones de los profetas del siglo VII, Sofonías y Nahum. El primero se limita a expresar su convencimiento de la pronta caída de Nínive y del exterminio de la gran potencia (Sof 2,13-15). Nahum va más adelante.

De acuerdo con el título (1,1), toda su obra, muy breve por lo demás, está dedicada a celebrar la caída de Nínive. Comienza con un salmo alfabético (1,2-10) que canta el poder de Dios; ese poder, patente en la naturaleza, se manifiesta ahora en la historia, protegiendo a los que confían en Yahvé y castigando a sus enemigos. Sigue una sección difícil de reconstruir, pero bastante relacionada con lo anterior. Del plano general pasamos al concreto: quien confía en Yahvé es Judá; el enemigo es el rey de Nínive. Y ambos reciben oráculos opuestos. Judá de consuelo (1,12-13) y de alegría (2,1) porque la opresión va a terminar (2,3). El rey de Nínive, acusado de maquinarse contra el Señor (1,11), quedará sin descendencia, sin dioses que lo protejan, condenado al sepulcro (1,14).

A partir de este momento, la obra se centra en el castigo de Nínive, descrito en 2,4-14. Es una visión dantesca, que comienza con el primerísimo plano de un escudo para irse abriendo hasta abarcar a los soldados, los carros, las plazas, las murallas, las puertas de la ciudad, el palacio. A la conquista sigue el destierro, el saqueo, la devastación. Pero incluso en estos momentos en que «el templo se funde y vacilan las rodillas», el profeta saca fuerzas para reflexionar sobre la situación anterior de la ciudad, su pecado y el influjo decisivo de Dios en este acontecimiento (v. 12-14).

El c.3 está dedicado al mismo tema. Los versos 1-7 tienen una estructura semejante a la de la visión precedente: con estilo rapidísimo describen cómo la guerra y la muerte se apoderan de la ciudad (1-3); luego indican las causas del castigo (4) y hablan de la intervención de Dios (5-7). En los versos 8-17 se recuerda la caída de No-Amón (Tebas) el año 652 en manos de los asirios, y se amenaza a Nínive con el mismo castigo. Toda resistencia es inútil; los capitanes y las autoridades serán los primeros en desertar. Los versos finales (18-19) presentan el desastre como ya sucedido; los príncipes y reyes han muerto, el pueblo se halla disperso por las montañas. Nínive ha desaparecido de la historia a causa de su maldad.

Nahum es quizá el profeta más duramente criticado por los comentaristas. Se le acusa de ignorar los pecados de su pueblo, de sañer sanguinaria contra Nínive, de

alegría cruel, de despreciar a los paganos. En definitiva, de ser un falso profeta, que se ha colado de rondón en el canon.

Desde luego, nos sentimos más a gusto leyendo lo que dice Jonás sobre Nínive. Nahúm nos entusiasma como poeta. Nos duele como profeta. Y, sin embargo, algo muy serio debe haber en su mensaje para que se nos haya conservado. No pensamos que sea sólo su nacionalismo a ultranza o su espíritu vengativo. Lo que está en juego para él es la justicia de Dios en la historia, un problema que angustió a los judíos de todos los tiempos y sigue preocupando a nuestros contemporáneos. ¿Puede tolerar Dios a un imperio que despedaza sin compasión a sus víctimas (2,13)? ¿A la ciudad sanguinaria y traidora, «repleta de rapiñas, insaciable de despojos» (3,1), que ha descargado sobre todos los pueblos «su perpetua maldad» (3,19)? Para Nahúm, la respuesta es evidente: no. La justicia no se lo permite, su fidelidad a los que confían en él no lo tolera. Por eso el castigo de Nínive es preciso. Nahúm lo canta, lo describe. Con la rabia del oprimido, sin concesiones a la compasión. Su actitud nos resulta muy dura. Pero es un elemento imprescindible si queremos esbozar una teología de la historia. Una pieza más en ese rompecabezas que componen oráculos muy distintos del Antiguo Testamento.

Por otra parte, el escándalo que podemos experimentar leyendo a Nahúm puede ser bastante farisáico. El Apocalipsis de Juan muestra la misma alegría cruel cuando anuncia la caída de Roma, nueva Babilonia, la gran prostituta «borracha de la sangre de los consagrados y de la sangre de los testigos de Jesús» (Ap 17,6; ver los capítulos 17-19). No es lo mismo teorizar sobre la opresión y el imperialismo que padecerlos.

#### 4. HABACUC: ¿UN ENIGMA INSOLUBLE?

El año 612 se cumplía lo profetizado por Nahúm. Nínive caía en manos de Babilonios y Medos. Sin embargo, la decadencia y desaparición de los asirios no supone gran ventaja para Judá. Sólo se aprovecha de ellas durante unos veinte años (632-609). En esta última fecha termina el sueño de independencia. Josías muere en Meguido luchando contra los egipcios, y a partir de ahora el dominio pasa al faraón Neco. Este depone al recién nombrado Joacaz y coloca en el trono a Joaquín (Yoyaquim), hombre despótico que se ganará la animosidad del pueblo.

Pero mientras, en oriente, Babilonia sigue aumentando su poderío. El año 605, Nabopolasar, bastante enfermo, encarga a su hijo Nabucodonosor de la campaña y éste conquista la aparentemente inexpugnable fortaleza de Karkemis, hasta entonces en manos egipcias. Con ello, el equilibrio entre Egipto y Babilonia se rompe en favor de ésta última. Ese mismo año sube al trono Nabucodonosor y continúa la política expansionista de su padre. En Judá, el rey Joaquín, vinculado políticamente al faraón, se niega a aceptar el dominio de los nuevos señores de mundo. Pero hacia 603/602 deberá hacerlo, obligado por las circunstancias<sup>13</sup>.

(13) La fecha exacta del sometimiento de Judá a Babilonia es muy discutida. Las tres posibilidades existentes son: a) inmediatamente después de la batalla de Karkemis, en el 605 (Wiseman); b) un año más tarde, cuando Nabucodonosor



En esta época tan revuelta, en la que el recuerdo reciente de la opresión asiria se une a la experiencia del dominio egipcio y babilónico, es quizás donde mejor encaja el libro de Habacuc, uno de los más interesantes y difíciles del Antiguo Testamento<sup>14</sup>.

La obra comienza exponiendo la queja del profeta: «¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que escuches? ¿Te gritaré 'violencia', sin que salves»? (1,2). No comprende que Dios contemple impasible las luchas y contiendas de su tiempo, la opresión del faraón y de su marioneta, Joaquín. Y el Señor le responde que piensa castigar a los opresores egipcios mediante otro imperio, el babilónico (1,5-8)<sup>15</sup>. Sin embargo, la respuesta de Dios es insatisfactoria. Porque, al cabo de poco tiempo, los babilonios resultan tan déspotas y crueles como asirios y egipcios. Y el profeta se queja de nuevo a Dios (1,12-17). Le duele la alegría con la que el nuevo imperio se apodera de las naciones y mata pueblos sin compasión. No comprende que Dios «contemple en silencio a los traidores, al culpable que devora al inocente». Y así, en actitud vigilante, espera una nueva respuesta de Dios (2,1).

Y éste replica que el momento de la venganza está cerca, llegará sin retraso (2,2-5). Entonces, todas las naciones oprimidas podrán entonar un canto burlesco contra el gran imperio vencido (2,6-20). Esta copla, compuesta por cinco «ayes», es quizás una de las acusaciones más energicas contra el imperialismo. No preocupa al profeta la opresión de Judá; se sitúa en una perspectiva universal, poniendo sus ojos en todos los países saqueados (v. 8), destruidos (v. 10), humillados (v. 15s) por la gran potencia. A costa de ellos se ha enriquecido Babilonia (v. 7.9). Pero esta actitud contiene un germen de autodestrucción: «destruyendo a tantas naciones has planeado la afrenta de tu casa y has malogrado tu vida» (v. 10). El castigo lo llevarán a cabo las naciones oprimidas, incluso la naturaleza participará en él (v. 17).

El c. 3 parte de un presupuesto distinto. Aquí el castigo es obra personal de Dios, guerrero cósmico que sale de su morada para «salvar a su pueblo» (v. 13). Es una visión escalofriante. «Su resplandor eclipsa el cielo... se detiene y tiembla la tierra —se desmoronan las viejas montañas— se prosternan los collados primordiales...» No extraña que el profeta exclame: «Gimo ante el día de angustia que se hecha sobre el pueblo que nos oprime» (v. 16). Consolado con esta certeza, entona los versos finales (17-19). El curso atormentado de la historia es descrito con imágenes del mundo agrícola y ganadero. Todo parece abocado al fracaso: «la higuera no echa yemas y las cepas no dan fruto, el olivo se niega a su tarea y los campos no dan cosechas; se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo». A pesar de todo, «yo festejaré al Señor gozando con mi Dios salvador».

devastó Ascalón (Auerbach); c) en otoño o invierno del 603, durante la campaña de Nabucodonosor en el segundo año de su reinado (Vogt). No tiene nada de extraño que ciertos autores, como Oded, se limiten a decir: «entre los años 605 y 601». Para una valoración de las distintas posibilidades indicadas cf. A. MALAMAT, *The Twilight of Judah: In the Egyptian-Babylonian Maelstrom*: VTSuppl XXVIII, Leiden 1975, 123-143.

(14) Las interpretaciones propuestas son tan variadas que resulta imposible enumerarlas. Véase el reciente estudio de P. JÖCKEN *Das Buch Habakuk. Darstellung der Geschichte seiner kritischen Erforschung mit einer eigenen Beurteilung*, BBB 48, Bonn 1977.

(15) Algunas traducciones, como la de la Nueva Biblia Española, omite injustificadamente en el v. 6 la mención de «los caldeos» (=babilonios), pensando que se trata de una glosa posterior. Sobre esto véase W. RUDOLPH en KAT XIII-3, 203s.

Nahum, preocupado por la opresión asiria, ofreció como respuesta el castigo de Nínive. A Habacuc esto no le basta. Porque el castigo de un imperio opresor supone su simple sustitución por otra potencia imperialista, más cruel quizá que la anterior. Con ello no se resuelve nada. El problema de la justicia de Dios sigue en pie. Y Habacuc, a pesar de sus diálogos con Dios, no le encuentra solución. Pero supera el problema con una postura de fe, convencido de que todo imperio opresor, cualquiera que sea, terminará siendo castigado. La novedad de Habacuc consiste en que Dios aparece no como quien juzga y condena a un imperio, sino como quien juzga y condena toda forma de imperialismo.

Es absurdo preguntarse si su postura resulta convincente. Habría que preguntarse también si nos convence la actitud final de Job. Porque ambos personajes, partiendo de temáticas distintas, recorren el mismo camino. Y ambos coinciden en no dejarse arrastrar por ideas tradicionales, en discutir con Dios hasta hallar una respuesta que devuelva la paz y ayude a aceptar sus enigmáticos planes sobre la historia.

**José L. Sicre**

(Continuará)